

Director Riccardo Cascioli

HECHOS PARA LA VERDAD

ESCENARIOS GLOBALES

Trump en Davos: la guerra de los mundos entra en su fase decisiva

INTERNACIONAL

22_01_2026



Maurizio
Milano



Veni. Vidi. Vici. Así podríamos resumir el espíritu con el que el presidente Trump ha acudido a Davos a la reunión anual del Foro Económico Mundial, la organización público-privada que desde 1971 persigue el objetivo de crear "un mundo mejor". El tan

esperado discurso de Trump, improvisado y un poco chapucero, no abordó directamente ese mundo globalista y liberal que tiene su sede en Davos, que siempre se ha opuesto a él y que al mal tiempo ahora tiene que poner buena cara. Evidentemente, los verdaderos “encuentros-enfrentamientos” tienen lugar a puerta cerrada, y es difícil que tengamos informes oficiales al respecto.

En su discurso, fuertemente autocomplaciente, Trump se limitó a hacer una apología, bastante empalagosa, de los extraordinarios resultados económicos y de pacificación global que habría logrado su administración en los primeros doce meses, revirtiendo el legado y la imagen del país en colapso que dejó el “sомнoliento” Joe Biden. Sin embargo, para entender adónde se quiere llegar, no debemos limitarnos a analizar las palabras del presidente fanfarrón: si unimos los puntos de lo dicho y lo no dicho, y sobre todo de lo hecho y lo no hecho en los últimos meses, surge un panorama bastante claro de la estrategia seguida.

En el plano geopolítico, Estados Unidos ha abandonado definitivamente toda pretensión de exportar el modelo liberal-democrático al resto del mundo para concentrarse en sus graves problemas internos: desde la inmigración incontrolada hasta la devastación del fentanilo, desde la desindustrialización hasta el colapso de la clase media, desde la polarización de la sociedad hasta el ocaso del sueño americano, desde la crisis financiera con una trayectoria de deuda fuera de control hasta las amenazas de desdolarización que podrían destronar al rey dólar y poner en tela de juicio el papel de liderazgo de Estados Unidos.

El crecimiento económico se convierte en el elemento crítico para la estabilidad financiera: con una deuda federal superior a los 38 billones de dólares, que crece en unos 500.000 millones por trimestre, el riesgo de “quiebra” nunca ha sido tan alto. Para evitarlo, Estados Unidos tiene que crecer y reindustrializarse aumentando las fuentes de energía, desregulando y atrayendo inversiones directas, además de garantizar las compras en el extranjero de armamento, gas natural y bonos del Tesoro, recortar los gastos improductivos y mejorar los desequilibrios comerciales, preservando el papel del dólar como moneda de reserva mundial.

Una misión imposible, oculta bajo un cuadro demasiado bonito para ser verdad: el que representa Trump de la “magnificencia y el progreso” de Estados Unidos. Su objetivo, perseguido con excesivo celo, es convencer a sus interlocutores de que Estados Unidos es el país más próspero y fuerte del mundo, donde se pueden hacer los mejores negocios. La realidad, mucho más prosaica, explica tanto la retórica de Trump como su agresividad y descaro para alcanzar los objetivos que se ha fijado a cualquier

precio. Por otra parte, lo anunció claramente durante la campaña electoral: "Make America Great Again" es el eslogan-mandato por el que fue elegido, y hay que reconocer que está persiguiendo el objetivo de forma directa y sin fingimientos. Hay que recordar que Trump está en su segundo y, por lo tanto último mandato, al menos en teoría: no tiene nada que perder, no le interesa demasiado el consenso y aspira más bien a hacerse un hueco en los libros de historia. Es una lástima que los líderes europeos no piensen también en dar prioridad al desarrollo y al bienestar de sus pueblos.

No hay tiempo, por tanto, para la diplomacia, hay que invertir la tendencia de inmediato, cueste lo que cueste. Una necesidad que explica por qué Estados Unidos ya no puede permitirse arrastrar a Europa y a la OTAN, sobre todo a la luz de la urgente necesidad de repositionarse en el Pacífico, (el nuevo centro del mundo) al que se asoman la Federación Rusa, China, India y Japón, no en vano denominados el nuevo "C5", que debería sustituir al obsoleto G7. Un nuevo orden en el que no hay mucho espacio para la Unión Europea, el Reino Unido y Canadá.

Con la creación de la "Junta de Paz" para la reconstrucción de Gaza, Trump pretende crear una especie de pequeña ONU alternativa, controlada por él, en la que participen las grandes potencias mencionadas anteriormente, además de países considerados de alguna manera "alineados" o "alineables" con los intereses estadounidenses, desde Bielorrusia hasta Turquía, desde Argentina hasta Italia (quizás), desde Israel hasta los países árabes.

Por lo tanto, no está presente el "sujeto" Europa, que Trump no ha reconocido nunca. La Francia de Macron, ridiculizada públicamente, no ha aceptado la invitación, la Alemania de Merz no tiene intención de participar, mientras que el Reino Unido participará con Tony Blair en lugar del primer ministro Starmer. Para acceder a la Junta, cada país deberá aportar mil millones de dólares, y es probable que el club en formación no solo se ocupe de la reconstrucción de Gaza y la estabilización de Oriente Medio, sino también de la composición de los intereses de las grandes potencias, con esferas de influencia y relaciones bilaterales aún por definir.

Trump "reinicia" el Gran Reinicio: no hay tiempo para el decrecimiento feliz, para la ideología climática —el *Green New Scam*, como él lo llama—, para los desvaríos *woke*. El imperativo es crecer para preservar la paz social interna y hacer que el país sea más fuerte también en el plano de la defensa. Y para crecer se necesita energía, de ahí la decisión de aumentar la producción de hidrocarburos y acelerar el desarrollo de la energía nuclear de última generación.

En esta perspectiva, también se entiende la salida de Estados Unidos de 66 organizaciones internacionales, muchas de ellas pertenecientes a la ONU, tanto para ahorrar dinero a los contribuyentes estadounidenses como para eludir el control de organismos poco transparentes con agendas que no se ajustan a las prioridades de la administración.

Por primera vez desde la Guerra de la Independencia, Estados Unidos se distancia de su antiguo aliado incondicional, el Reino Unido. El retorno a una visión industrial también supone la lucha contra la “financiarización” de la economía, cuya cabeza se encuentra en Londres, junto con Wall Street. La prioridad pasa a ser *Main Street*: el paso del “papel” a los metales preciosos, con la fuerte apreciación del oro, la plata y el platino en los últimos meses, es una señal de “vuelta a lo real” y de ruptura de los equilibrios monetarios y financieros consolidados desde el fin del patrón oro en 1971.

Desde esta perspectiva, se comprenden mejor también los despiadados ataques contra el presidente de la Fed, rebautizado como Jerome “late” Powell, debido a su supuesta lentitud en bajar los tipos de interés. Más allá de los modos realmente ofensivos, es inútil lamentarse (como hacen muchos) del ataque de Trump a la supuesta “independencia” de la Fed: el Banco Central de Estados Unidos nunca ha sido independiente, fue fundado en 1913 como parte integrante del cártel bancario-financiero, al servicio de los grandes grupos y de Wall Street. La destrucción sistemática del poder adquisitivo del dólar, perseguida con políticas monetarias ultraexpansivas, es la prueba de que la Fed ha traicionado sistemáticamente su mandato de preservar la estabilidad monetaria y financiera. Es de esperar que la nueva Fed, que probablemente estará bajo el control efectivo del Tesoro, respete más la ética de la producción de moneda. Pero no hay que apostar por ello. Es deseable que también comience una fuerte lucha contra el capitalismo clientelar, que tiene sus raíces en ese “Estado profundo” —basta citar a la CIA y al complejo militar-industrial—, que espera que Trump salga mal parado en las elecciones de mitad de mandato de noviembre de 2026 para retomar la agenda de Clinton-Obama-Biden, en consonancia con los globalistas atrincherados en el FEM y en las cancillerías europeas.

Una aclaración, para evitar malentendidos: el hecho de que el orden globalista existente merezca ser destruido no significa que todos los medios y decisiones de Trump sean comparables. Tampoco podemos engañarnos pensando que los resultados que se obtengan sean siempre positivos. Sin embargo, llegados al punto en el que nos encontramos, especialmente en Europa, no caben remedios paliativos ni curas homeopáticas: los nudos gordianos deben cortarse con la espada, sobre todo porque ya

no queda tiempo. Empezando por los riesgos de escalada militar en el enfrentamiento entre Europa y la Federación Rusa y en Oriente Medio, donde Israel sigue persiguiendo el espejismo de la "solución final" contra Irán.

El "método Trump" crea confusión, sin duda, y no está exento de críticas; sin embargo, no se puede decir que haya causado grandes daños, al menos hasta ahora. Más que a lo que dice, es mejor fijarse en lo que hace: si consigue desmantelar la agenda globalista, liberal y *woke* del Foro Económico Mundial de Davos, ya se habrá ganado nuestro reconocimiento. Si la fase "bonapartista" en curso fuera desautorizada por las elecciones de *midterm*, podríamos esperar un relanzamiento de la iniciativa del *Great Reset* en todo el mundo occidental. El Reino Unido de Starmer, el Canadá de Mark Carney, la Francia de Macron, la Alemania de Merz y la Comisión Europea depositan sus esperanzas precisamente en un revés de Trump en noviembre. Mientras tanto, ganan tiempo y continúan con sus planes de control social mediante la represión de la disidencia interna gracias a la *Digital Services Act* y a los proyectos de digitalización de la identidad y el dinero. Además, no dan marcha atrás con las políticas suicidas de transición energética y keynesianismo militar, con el riesgo de llevar a Europa, además de a la irrelevancia geopolítica, también al colapso económico y social, como podría ocurrir en Alemania en un futuro no muy lejano.

Si Estados Unidos consigue hacer fracasar esta agenda, será algo positivo, nos guste o no Donald Trump. La guerra de los mundos está entrando en su fase decisiva: Italia y Europa harían bien en dejar de seguir al flautista de Davos y reflexionar sobre cómo posicionarse.

Maurizio Milano es autor de *Il pifferaio di Davos: Il Great Reset del capitalismo: protagonisti, programmi e obiettivi - Il Nuovo (dis-) Ordine Mondiale: dal globalismo ideologico al multipolarismo caotico*, D'Ettori Editore, 2025.